

UN PEREGRINO FRANCÉS APRESADO EN SANGÜESA EN 1636

Juan Cruz Labeaga Mendiola

Durante la primera mitad del siglo XVII el clima de recelo hacia los peregrinos a Santiago fue lógicamente explicable, y más todavía al venir estos de Francia. Ello se debe a que no faltaron las tensiones en la frontera pirenaica navarra tanto de carácter político, como por el disfrute de las facerías para el pasto de los ganados entre los valles del norte, Erro y Baztán, y sus vecinos de Baigorri del otro lado. A pesar de algunos acuerdos entre las dos naciones, los franceses siguieron invadiendo zonas de pasto navarras.¹ En 1613 tuvo lugar la acción de la defensa de los puertos de Burguete y Garralda, y en ella intervinieron, entre otros, 124 soldados sangüesinos al mando del capitán Diego de Soria.²

Más importantes fueron las hostilidades que sostuvieron Luis XIII de Francia contra Felipe IV de España entre los años 1635 y 1640 y que afectó directamente a Navarra con el cierre de las fronteras. En el otoño de 1636 el virrey de Navarra, marqués de Valparaíso, invadió Labourd en Francia, pero el resultado fue un completo fracaso, pues además de la peste, el ejército francés de Condé forzó la retirada del territorio ocupado.³ Por entonces, en dicho otoño, Rafael de Añués, alcalde de Sangüesa, estaba con gentes de armas, reclutadas en la villa, defendiendo el puerto de Roncesvalles.

1 FORTUN, L.J., FLORISTAN, A., y VIRTO, J.J. *Historia de Navarra*, vol. III, Pamplona, 1989, pp. 32 y 33.

2 LABEAGA MENDIOLA, J. C., "Concesión del título de ciudad a Sangüesa", en Príncipe de Viana, Pamplona, 1991, pp. 170-171.

3 BERNAL DE O'REILLY, A., *Bizarria guipuzcoana y Sitio de Fuenterrabía*, San Sebastián, 1872, p. 49.

En estas circunstancias y en dicho año, apareció por Sangüesa un peregrino francés hacia Santiago de Compostela que, lógicamente, suscitó sospechas de espionaje en favor del rey de Francia. Fue inmediatamente apresado por la autoridad civil, se le sometió a diversos interrogatorios, pasó a Pamplona a jurisdicción eclesiástica, por ser clérigo, y, al final, se le dejó en libertad sin cargo alguno.

El 14 de octubre de 1636 el médico de Sos del Rey Católico (Zaragoza), Juan Miguel de Ugarrá, comunicó al alcalde de Sangüesa, mediante carta, que acababa de llegar a esta villa zaragozana un estudiante que venía desde Francia. Este manifestó que en Olorón un clérigo francés, con una cicatriz en el cuello, de rostro blanco y abultado, y de mediana estatura, hablaba muy mal del rey de España. Conforme lo dicho, escribe que esta misma persona, que dice ser sacerdote, está al parecer en Sos y cree que es un espía. Por si acaso "fuese de serbicio de Dios y Su Majestad", se le debía detener e interrogar. En una postdata añade: "Dicen se encamina para Sangüesa".⁴

Pocos días después, en Sangüesa, el 20 de octubre, José de Aguerre, del Consejo de Su Majestad, en nombre del virrey, y encargado de las cosas de guerra contra Francia, mandó prender y apresar, como sospechoso de espionaje, a un hombre "que se dezía era clérigo y natural francés". Al comienzo del interrogatorio se comprobó que no sabía castellano, e intervino un vecino de Tauste que hablaba francés. Manifestó el sospechoso no saber ni entender castellano, y sí, latín. Dijo llamarse Pedro Pragelíer y tener cuarenta y cinco años. Había nacido en el lugar de Genellac, junto a Limoges, y era sacerdote ordenado de misa. Añadió carecer de beneficio eclesiástico y que su patrimonio familiar lo dejó a sus parientes, "por venir a Santiago de Galicia movido de una enfermedad, y con esperanzas de que, yendo a este santo, se le quitaría este mal". Dicha enfermedad fue definida como morbus sacer, en latín, mal caduco, en francés, y gota en castellano.

La autoridad civil le interrogó sobre su recorrido, a lo que contestó haber iniciado el viaje hacia cuatro meses, de los que llevaba tres en España, y no acordarse del nombre del puerto por el que atravesó la frontera. A la pregunta si estuvo en Bayona y Olorón o en Tolosa, manifestó que en Bayona, y que en esta ciudad no había soldados ni rumor de guerra. Y no se acuerda "por la enfermedad que tiene que le quita la memoria", si estuvo en Huesca, y sí, en un lugar llamado Grulo?, "y no conoce la tierra, y ha caminado rodeando por diferentes partes". Había conseguido una licencia para decir misa y dos licencias para pedir limosnas por el camino.

A la pregunta de por qué llegó a Sangüesa y con quién, respondió que vino con un hombre, cuyo nombre desconoce, desde Zaragoza, durmieron en Sos en un hospital, y el compañero se fue de mañana sin avisar. Desde Sangüesa pensaba volverse a Bayona, pues desistía de seguir el camino hacia Santiago, ya que le persuadió el compañero que no fuese, pues por ser fran-

4 SALES TIRAPU, J. L., y URSÚA IRIGOYEN, I., *Catálogo Archivo Pamplona*, vol. 12, Pamplona, 1995, doc, 686. Seer. Ollo, C/ 747, nº 3.

cés "le tratarían muy mal con estas ocasiones de guerra".

Para probar que era sacerdote recitó muy bien en latín varias partes de la misa, como el gloria, el credo, y las palabras de la consagración. De una caja de hojalata se le decomisaron cuarenta documentos. Por ellos se descubrió que estuvo en Olorón, antes lo había negado, y llevar un itinerario para la Rochela que, según manifestó, "era el camino más drecho para venir a España". Llevaba "una licencia de la diócesis de Tolosa, una cartilla de subdiaconado, otra de presbítero, otra certificatoria de que lo es, otra licencia para decir misa y pedir limosna del ordinario de Huesca y otra de Zaragoza para pedir limosna". A muchas preguntas respondió no acordarse debido a su enfermedad y, por ello, cayó en algunas contradicciones.

El asunto se complicó todavía más, pues Manuel Villar, estudiante de cura, natural de cerca de Calatayud, testificó en Sangüesa, el 21 de octubre, que viniendo de Roma hacía quince días, con un canónigo de Albarrac habían estado en una taberna de Olorón, y que unos franceses les habían tratado muy mal de palabra y obra, dándoles puñadas y diciendo muchas cosas del rey español, y, a duras penas, lograron escapar por una puerta falsa. Siguió el declarante manifestando acordarse de uno de ellos con una señal en el cuello, vestido de valona, sotana larga y manteo.



Posteriormente, el 15 de octubre, estuvo, el declarante en Sos del Rey Católico, y hablando con el médico de la villa, éste le contó que precisamente aquel día había llegado un francés y tal vez fuese alguno de los de la taberna de Olorón. Fueron en su busca a la posada y una mujer declaró que el francés ya se había marchado y que preguntó por el camino hacia Sangüesa. El testigo reconoció al clérigo francés, apresado en Sangüesa, entre seis personas puestas en hilera, como una de las que le maltrataron; le delataban las señales de "los lamparones en el cuello".

Asimismo, Vicente de Peña, médico de Sangüesa, declaró haber visitado al preso y comprobó que padecía la enfermedad llamada gota, y que al atacar a la cabeza privaba de todos los sentidos y menguaba mucho la memoria, y que, además, traía el francés algunos remedios y fórmulas para combatir dicha enfermedad.

Por ser el acusado clérigo, la autoridad civil se inhibió del caso y pasó el asunto a la justicia eclesiástica. Se encerró al sospechoso en la cárcel de la torre episcopal de Pamplona, intervino el vicario general del Obispado y se le tomó declaración el 8

de noviembre ante Sancho de Istúriz, procurador de la audiencia eclesiástica, su abogado defensor. Volvió a decir que estuvo en Olorón, que pasó por Bayona, y que "vino a Santiago de Galicia a curarse de una enfermedad de mal caduco". Hizo de intérprete fray Juan de Echebelz, religioso del convento de Santiago de la ciudad. Poco después, y teniendo en cuenta el mal estado de salud del clérigo francés, se le ingresó en el Hospital General.

Total, que no teniendo información suficiente para que el clérigo francés acusado siguiese detenido, y no pudiendo probarse lo que se le imputaba, el delito de espionaje en circunstancias bélicas, el 24 de noviembre le dieron la libertad sin el pago de costas, y ordenaron entregarle su documentación y los títulos de sus órdenes eclesiásticas y de otros beneficios.

Sin duda, que para resarcirle del perjuicio causado al peregrino, tras cuarenta días de su detención, tomaron el siguiente acuerdo. Teniendo en cuenta de que se trataba de un sacerdote pobre, sin sustento alguno, le dieron licencia para poder decir misa en todo el Obispado de Pamplona "y también para pedir limosna, y que los curas le socorran y acompañen a pedir limosna, y se le den letras para que nadie le impida en su viaxe".

De todo lo anterior se deduce que el tal Pedro Pragelier o era un clérigo vago, es decir sin residencia ni cargo eclesiástico, dedicado a viajar viviendo de las limosnas, como tantos otros falsos peregrinos, o, por el contrario era un piadoso peregrino convencido de conseguir la curación de su enfermedad visitando la tumba del apóstol Santiago en Compostela, o las dos cosas a la vez. La terrible acusación de espionaje bélico no pudo probarse y en consecuencia le dejaron en libertad.

Destacamos que las guerras del siglo XVII contra Francia fueron un obstáculo casi insalvable para las peregrinaciones jacobeanas, aunque, como hemos visto, no lograron hacerlas desaparecer del todo. Observamos, asimismo, cómo, tras el desgraciado incidente, la curia eclesiástica de Pamplona ofreció al peregrino francés toda clase de favores para que pudiera proseguir su viaje y nadie le estorbara.